

HISTORIA. Guaraperos, piqueros, abaniqueros, yugueros... Son los trabajos reunidos por el etnógrafo y 'youtuber' Eugenio Monesma en el libro '100 oficios para el recuerdo'

La España rural de nuestros abuelos a través de cien profesiones del pasado casi desaparecidas

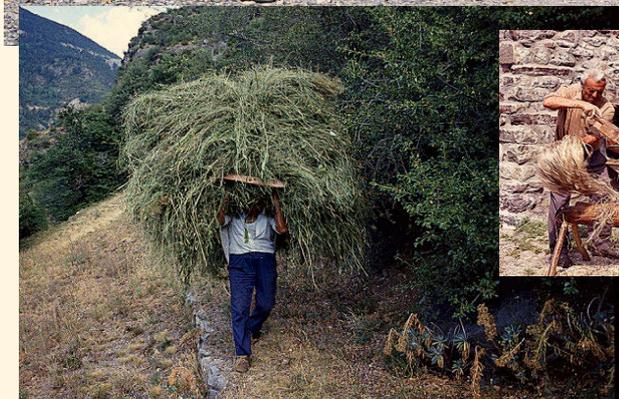
Por Isabel García

Olegaría recorría a diario los campos de Zamora con un canasto sobre su cabeza para recolectar con sus propias manos el barro rojo que luego cocería en un horno de leña. Casimir era forcaire en el pueblo leridano de Alentorn. O lo que es lo mismo, fabricante de las antiguas horcas de púas con las que se recolectaban cereales o hierbas en la época de la siega. Miguel, por su parte, se dedicaba a pelar burros en El Castillo de las Guardas (Sevilla) a comienzos de la primavera y al final del verano; siempre dos veces al año para evitar que los parásitos se fijaran en la piel del animal. Primero había que limpiarlo bien con un peine de hierro. Luego llegaba la maquinilla, repasando con unas tijeras especiales las orejas, las crines y el rabo. Luis, en cambio, era sillero ambulante, por lo que le tocaba ir de pueblo en pueblo por Teruel ofreciendo sus servicios a todo aquel que quisiera arreglar sus «sillas, banquetas, taburetes o mecedoras», como pregonaba de carrerilla por las calles. Y Manuel era batihoja, ya que se encargaba de fabricar finísimas láminas de pan de oro para decorar figuras religiosas en su pequeño taller de Madrid.

Son sólo algunos de los artesanos de nuestro país que se dedicaban a dar vida a antiguas profesiones ya desterradas en su inmensa mayoría. Algunas nos sueñan: curtidores, fabricantes de papel, abaniqueros, herreros, toneleros, lutiers, constructores de chozos, cortadores de cáñamo... Otras no tanto: guaraperos, empozadores de hielo, cañiceros, pezgueros, calafates, piqueros, enrrastradores de ajos... Y así hasta llegar a la centena, la cantidad recopilada en el libro *100 oficios para el recuerdo. Un viaje por la España rural en busca de las labores del pasado* (Lunweg Editores). Su autor es el director y productor de cine y etnógrafo Eugenio Monesma (Huesca, 1952), quien ha dedicado más de media vida a recorrer España para dar cuenta de sus tradiciones, fiestas populares, gastronomía típica y profesiones caídas en el olvido, temáticas de las que ha realizado un total de 3.300 documentales.

Pueden verse en su canal de YouTube —se llama igual que él—, donde cada semana cuelga estas historias, llegando a los dos millones de suscriptores, por lo que recibió el botón de oro de la red social en 2023, concedida a los que superan el millón. Cabría esperar que la mayoría de sus seguidores serían nostálgicos longevos en busca de añorados tiempos pasados. Pero qué va. «Para mi sorpresa, hay mucha gente joven, de entre 25 y 40 años, interesados en saber cómo era la vida antes y que nos felicitan continuamente», comenta Monesma en plural, ya que le ayuda en la recopilación digital su hijo Eloy, también vinculado con el sector audiovisual.

El fue uno de los que le animó a publicar el libro con Lunweg, viendo el éxito que tenían sus trabajos en Internet. Eso sí, de los 1.000 oficios que Monesma grabó con su cámara de cine en formato Super-8



desde principios de los años 80 del siglo pasado sólo 100 pudieron entrar en estas páginas. «Se han quedado en el tintero más de 900, pero es que era imposible rescatar todos, por lo que ya estamos pensando en una segunda versión», añade orgulloso. Gran parte de los protagonistas del libro vivían en Aragón, de donde es

Arriba, dos lavanderas portando la colada en cestos.

En el medio, un hombre realiza chozos y otro corta cáñamo.

Abajo, Eugenio Monesma, el autor, con su cámara.



oriundo, pero las historias recorren toda España, incluidas las islas.

Lo que tenía claro Monesma es que la obra debía ser «un homenaje a quienes sacaron adelante a las nuevas generaciones con duro esfuerzo sin que se les haya reconocido». Ya lo dice en su prólogo, dedicado a «quienes me han abierto sus puertas y su corazón para transmitir su sabiduría y habilidades». Ese fue siempre el objetivo al hablar de los ya citados Olegaría, Casimir, Miguel, Luis y Manuel, pero también de Nicolás, el hojalatero de Sangüesa (Navarra) que confeccionaba faroles, regaderas, aceituneras, espumadoras, lecheras y un sinfín de utensilios domésticos con una fina chapa de hierro. O de Josefina y tía Serena, quienes fabricaban jabón casero con sebo rancio y aceite malo en el

pueblo pirenaico en su casa de San Juan de Plan (Huesca). También hay hueco para recordar a Rosina, la secadora de congrio fresco en la Costa de la Muerte gallega.

Monesma es consciente de que la gran parte de los oficios los protagonizaban hombres, pero también quiere resaltar el importante papel de las mujeres, quienes realizaban todas las faenas de la casa, además de ayudar en las tareas agrícolas y ganaderas cuando hacían falta manos. De hecho, había trabajos que los solían llevar a cabo ellas, como los de las hilanderas, alpargateras, lavanderas, fideleras —aquellas que elaboraban manualmente fideos, macarrones y tallarines con la harina clandestina que en algunas casas ocultaban al Gobierno a modo de estraperlo después de la Guerra Civil— o pallileiras —las féminas que le daban al encaje de bolillos moviendo a gran velocidad entre las manos unos palillos de los que colgaban hilos—. Lo dicho: un tributo a tantas personas que escribieron nuestra historia.